

# CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación  
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.  
Universidad de Murcia

Volumen XVI  
Enero-Junio 2000  
Número 29

## SUMARIO

### ESTUDIOS

<b>Francisco Marín Heredia</b> <i>El Salmo 40 y la Ley</i> .....	1-14
<b>Jürgen Moltmann</b> <i>Niño e infancia como metáforas de la esperanza y de la fe</i> .....	15-28
<b>Francisco Martínez Fresneda</b> <i>Creer y pensar con los Padres. Boletín de Patrística</i> .....	29-81
<b>Cesáreo Gutiérrez Espada</b> <i>Luces y sombras del Tribunal Penal Internacional. (Roma 1998)</i> .....	83-137
<b>José García Oro-María José Portela Silva</b> <i>El obispo fray Bernardo de Fresneda y la Reforma tridentina en la Iglesia de Córdoba</i> .....	139-181

### NOTAS Y COMENTARIOS

<b>Tadeo Matura</b> <i>El diálogo de amor fundamento de una espiritualidad ecuménica</i> .....	183-192
<b>Miguel Ángel Escribano Arráez</b> <i>El derecho patrimonial en las provincias franciscanas de España. El Fondo Común: la administración del siglo XXI</i> .....	193-210
<b>Pedro Ruiz Verdú</b> <i>“Dios Padre envió al mundo a su Hijo”. XXXV Simposio de Teología Trinitaria. (Salamanca, 18-20/10/99)</i> .....	211-215
<b>Francisca Moya</b> <i>La “Homelia in laude Ecclesiae” de Leandro de Sevilla. Estudio y valoración</i> .....	217-220
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	221-244
<b>LIBROS RECIBIDOS</b> .....	245-248

## NIÑO E INFANCIA COMO METÁFORAS DE LA ESPERANZA Y DE LA FE<sup>1</sup>

JÜRGEN MOLTSMANN

“Nos ha nacido un niño”, anunciaba el profeta Isaías a su pueblo judío, que “caminaba en medio de tinieblas”. La destrucción del país, la expulsión de la patria, el cautiverio y trabajos forzados en Babilonia -y una gran “tiniebla divina” sobrevino a este pueblo. Con el anuncio del nacimiento del niño mesiánico y su imperio de paz “sin fin” el profeta transmite una nueva esperanza a este pueblo profundamente humillado: El yugo de su carga y el látigo de sus guías serán hechos añicos. Conseguido este objetivo, se inicia un comienzo nuevo, y este nuevo comienzo está pletórico de nuevas oportunidades como un niño recién nacido. El mesiánico niño se convierte en metáfora de la esperanza de salir caminando de entre las ruinas. El niño se convierte en símbolo del futuro de la vida frente a las potencias originales y al sufrimiento bajo el poder de las actuales, y contra la muerte violenta.

“En cada niño puede nacer el Mesías”, reza un refrán judío, y en la Navidad celebran los fieles cristianos la fiesta del nacimiento, al divino Salvador en la figura del “niño en el pesebre”. El Dios todopoderoso se hace contradictorio en un niño necesitado y desamparado. El Creador de cielo y tierra se despoja de sí mismo y, humillándose, se hace pequeño en ese “Niño-Cristo” o “Niño-Jesús”, como se le denomina. Para designar este “misterio de Dios”, la gran teología de la Iglesia antigua acuñó el término de “humanización de Dios” o “encarnación del Logos”; pero, el misterio

---

<sup>1</sup> Conferencia en la Studium-Generale-Serie “Kindsein und Kindheit heute”, en la Universidad de Tübingen, el 25 de Enero de 1999.

comienza de modo sencillo e inteligible a los niños, en la *infantización de Dios* y en el *Imperio salvífico de Paz de este Niño*. “¡Qué maravilla ser niño!” (Clemens Brentano). El Evangelio de los niños impregna toda la historia de Jesús: “¡Quien acoge a un niño, a mí me acoge!, y: “¡Si no os hacéis como los niños...”, pues “¡de los niños es el reino de Dios!”

Esta orientación que parte del niño como referencia de la promesa y de la paz, no es exclusiva del mundo judío y cristiano. También era conocida de la mitología y filosofía antiguas. La 4ª *Égloga* de Virgilio profetizaba el nacimiento de un niño redentor. “Regresará pronto la virgen; con ella el imperio de Saturno; pronto descenderá del cielo una nueva estirpe. Tú, oh casta Lucina, dale protección al niño cuyo imperio terminará con la edad de hierro, y restaurará la edad de oro; ya ha empezado a reinar tu Apolo... Mira, sobre su tembloroso eje se tambalea el mundo y la tierra, y los mares en su inmensidad, y el cielo y su profundo firmamento. Mira cómo la naturaleza entera tiembla de esperanza en los tiempos futuros” (*Aspice venturo laetantur ut omnia saeclo*). Y en el *Fragmento 52* de Heráclito, tildado de “oscuro”, leemos ya: “El *eón* es un niño que juega, que mueve piezas de su sitio, el regio imperio de un niño”. Tras el telón de fondo del aparecer y desaparecer de los fenómenos puede apreciarse, comparativamente, la mano rectora del rey sabio y, al mismo tiempo, la del niño que juega despreocupado: “Reinado de un niño”. Lo divino no es sólo lo primigenio, sino también, simultáneamente, lo infantil. Nada es grande: Más grande todavía es Dios. Nada es pequeño: Más pequeño todavía es Dios. El mundo: el juego de un niño. El niño: la presencia de lo divino.

Aclaremos primero los distintos contextos en los que hablamos de “infancia”; pues no es lo mismo cuando son los padres y educadores quienes hablan del “niño”, que cuando es el niño el que habla de sí mismo, o cuando son personas adultas las que sueñan con su niñez. Existe la “infancia pedagógica”, la “infancia de los niños” y la “infancia escatológica” (Hartmut von Hentig)<sup>2</sup>. Lógicamente, del “niño como metáfora de la esperanza” sólo puede hablarse desde la tercera perspectiva.

### I. ¿Qué se entiende por “infancia” en los distintos contextos?

Nosotros hablamos de esa infancia burguesa y pacífica, que es la normal entre nosotros, aunque existen de ella tres referentes distintos. No hablamos de esa otra infancia destrozada de los niños callejeros de Bucarest, ni de los

<sup>2</sup> H. von Hentig, Prólogo a Ph. Ariès, *Geschichte der Kindheit*. München 1878, 34.

niños prostituidos de Bangkok, ni de los niños soldados de Africa, ni de los niños obreros de la India.

1. *Desde el punto de vista de los padres y profesores*, preocupados por la educación, la niñez es, por un lado, una edad razonable y buena en sí misma; por otro, sin embargo, es un estado que se superará en virtud de la evolución propia de los niños, por la educación recibida de los adultos y por la formación adquirida de la sociedad. En última instancia, los padres tienen que “criar” a sus hijos, para que “sean” algo y “estén en plena forma” para la vida en el mundo de los adultos, en el mundo moderno. Ambos aspectos deben tenerse en cuenta, y mantenerse en un cierto equilibrio: los padres desean jugar con sus hijos porque gozan con su compañía, y no sólo comprarles “juguetes pedagógicos”, como “Scrabble” o “Monopoly”, que “educuen” a los niños. Pero, los padres alzarán la vista por encima de cualquier presente infantil de sus “pequeños”, para otear el horizonte de sus posibilidades de futuro en el mundo de los mayores, a fin de poder orientarlos y guiarlos. Además, desde el inicio de la época burguesa la fe en el progreso acuñó la educación de los niños: “La infancia” es sólo el nivel preparatorio en el proceso de adquisición del verdadero y pleno ser humano de los adultos. “Bien, pequeño, ¿qué quieres ser tú el día de mañana?” Los chicos han sido entrenados en el control corporal y el autodomínio, preferentemente con juguetes que sirven para matar a otros a golpes y a tiros. Las chicas han sido educadas con muñecas para su futura función maternal. En el trato familiar y pedagógico con los niños se conforma su futuro abierto de acuerdo con los padrones del mundo actual de los adultos. La infancia es el ser humano susceptible de desarrollarse; la vejez, obviamente, el ser humano susceptible de “consumirse”. El modelo del pleno ser humano será, pues, el adulto entre 25-60 años, preferentemente, por supuesto, el varón que, “en sus mejores años”, siempre se encuentra disponible. Al solicitar un puesto de trabajo, hay que presentar un “curriculum vitae”, como si la vida entera, desde la cuna al ataúd, fuese un “correr” de estación a estación, y como si una edad determinada no tuviera más sentido que preparar las siguientes: “Aprender a lo largo de toda la vida”. En el seno de la familia burguesa que “vivía por encima de su estado social, se vestía conforme a su categoría social, y se alimentaba por debajo de su nivel social” (para ahorrar), los niños debían ascender a la siguiente escala social que los padres no pudieron alcanzar. Son objetivos que hoy no sólo se persiguen intencionadamente en el desarrollo y la educación de los niños, bajo presión y con violación de los niños, sino por lógica deductiva: Mi padre escribía de maestro con la mano, yo con una máquina de escribir; nuestros hijos trabajan con ordenador, los nietos juegan apasionadamente con él todo el santo día.

Pero, ¿acaso la infancia es sólo un estado de subdesarrollo que hay que superar por la fuerza? Ante la actitud despectiva respecto al pasado, fundamentada en la fe en el progreso, Leopoldo von Ranke afirmaba en el “Prólogo del futuro” (como puede leerse en un museo de Washington): “Todas las épocas hállanse en relación inmediata con Dios”, pues en cada una de ellas se va encarnando la divinidad, la cual no puede manifestarse de manera total en ninguna de ellas, en particular. Lo propio puede decirse también con respecto a las edades del hombre: Los niños, jóvenes, adultos y ancianos hallan el sentido de la vida en su correspondiente edad. Todo instante vivido tiene significado de eternidad y representa “vida cumplida”. Por consiguiente, cada niño y cada adolescente tiene “derecho a su presente”<sup>3</sup>. El niño prematuro posee igualmente “vida cumplida”. En efecto, la vida plena no se mide por los años, sino por la hondura de la experiencia vital, y representa la cualidad de una vida que jamás se alcanza por el mayor número de años vividos o transcurridos. Se ha de respetar esa vida cumplida en su correspondiente presente, y no debe ser sacrificada en aras del progreso. Janusz Korczak habla de tres derechos fundamentales del niño: 1. El derecho del niño a su muerte. 2. El derecho del niño al día de hoy. 3. El derecho del niño a ser como es<sup>4</sup>. Estos derechos fundamentales exigen el cumplimiento de todos los derechos humanos del niño. Las violaciones de los derechos humanos en niños son crímenes contra la humanidad, que deben castigarse, ora por tribunales nacionales, ora, si esto no es posible, por tribunales internacionales.

Naturalmente, la idea del “presente cumplido” es un ideal de los adultos respecto a los niños, a los cuales se les va a hacer más o menos justicia, en la medida en que la educación se oriente al futuro. Los adultos, que se han convertido en esclavos de la cita, del calendario, del fax y del móvil, buscan el “tiempo perdido” en los instantes cumplidos sin intencionalidad alguna ni finalidad concreta. Sin embargo, como correctivo eso no deja de ser una utopía estupenda. Lo que necesitamos en todo momento, ya sea como niños o jóvenes, ya como adultos o ancianos, es guardar el equilibrio entre la vivencia de nuestro tiempo vital en el instante cumplido y la tensión existente entre pasado y futuro.

---

<sup>3</sup> FR. SCHWEITZER, “Zwischen Mutlosigkeit und Utopie. Mut-machen in pädagogisch- und theologisch-anthropologischer Perspektive”, en *Ökumenische Zeitschrift für den Religionsunterricht*, 28 (1998) 82-85.

<sup>4</sup> J. KORCZAK, *Wie man ein Kind lieben soll*. Göttingen 1983<sup>8</sup>, 40.

2. *Qué es la infancia para los niños*, sigue siendo un misterio impenetrable para los mayores, ya que nuestras experiencias se entremezclan con nuestros deseos y temores. Puede que Peter Handtke tenga razón al decir: “Cuando el niño era niño, no sabía que era niño”. Quizás uno sólo es consciente de su niñez vivida cuando deja de ser niño, ya que para conocer es necesaria la distancia. Personalmente, creo que la niñez está delimitada y definida por la sensación que tenemos de haber dejado de estar “seguros” en el regazo materno, y de no ser aún “independientes” tampoco. De ahí que, por un lado, nos acordemos de aquellos “felices” días de niño, cuando todavía vivíamos sin preocupaciones de ninguna clase, protegidos y un tanto “seguros”, y, por otro lado, volvamos a sentir las dependencias, los temores nocturnos, los sueños de omnipotencia fallidos y los días vacíos: “¡No sé qué hacer!”. Nos acordamos, además, de lo pequeños que éramos nosotros, y de lo grande que era nuestro padre; de lo desvalidos que éramos, y de lo mucho que sabía nuestra madre, y de que los niños mayores lo sabían hacer ya todo. Y, sin embargo, todo lo vivíamos y lo hacíamos “por primera vez”; con gran asombro seguíamos con la vista el vuelo de una mosca, y acribillábamos a nuestros padres con preguntas del porqué de ciertas cosas, imposibles de contestar. ¡Cuán ensimismados estábamos en nosotros mismos cuando jugábamos y con cuánta espontaneidad y sin pensármolos mucho reaccionábamos con una risa o con un llanto! La “oscuridad del instante vivido” era a veces muy densa, sin verse la luz antes o después. Sin duda alguna, antes de ser “escolares”, fuimos “niños de juego”; mas, así fuimos considerados por los mayores, y nos apropiamos su modo de ver, a fin de agradecerles. Hay que respetar las ideas íntimas del niño en su infancia, como un secreto personal, porque todos nuestros análisis terminan en proyecciones de nuestros conceptos en el niño.

3. Y *¿cómo ven los adultos dentro de sí mismos su infancia o al niño que fueron?* “¡Ay, si yo supiese el camino de regreso, el largo camino que lleva al país de la infancia!”, reza la antigua canción alemana. “¡Júrome juventud eterna” (Johannes Kessler, *Hofprediger Willhems II*); hoy, más abreviado: “Forever young”. Esa clase de sueños son regresivos y un obstáculo para adecuarnos a nuestra edad de vida progresiva. Quizás hacen su aparición en medio de la crisis de la Midlife o durante el proceso de envejecimiento en que uno de repente se da cuenta de que ya no se le brindan tantas posibilidades y de que no todas las oportunidades se hallan ya a su alcance. Las decisiones importantes de la vida se tomaron ya de modo irrevocable. Imposible empezar de nuevo desde el principio. El tren de la vida ya partió. Ahora el principio nimbóse de luz. Y la infancia se convierte en paisaje de posibilidades infinitas y en el potencial que encierra todo comienzo. Es el

“comienzo nuevo que se inicia en el mundo con cada nacimiento”, como describe Hannah Arendt la “natalidad”<sup>5</sup>. “No desprecies los sueños de tu juventud”, dice Schiller por boca del marqués de Posa en su “Don Carlos”. La infancia y la juventud se truecan en la aurora de la vida, pues en nuestros inicios siempre hay oculto más de lo que nosotros seríamos capaces de sacar a la luz en medio de las adversidades de nuestra vida. Si pensamos en nuestra juventud y en todo lo que podría haber sido de nosotros, veremos que en nuestro pasado hay futuro. Nuestros comienzos pasados devienen nuevamente fontanas del futuro. De esta guisa nace la “infancia del porvenir”. Esta “infancia” despierta en nuestro ser un ansia profunda; el ansia de estar protegidos, de sentir calor; el ansia de revivir la vida como misterio, como algo maravilloso y enigmático; el ansia de un empezar de nuevo; el ansia del niño que hay en mí, deseoso de volver a nacer, a fin de reempezar desde el principio el milagro de la vida. Los inicios de la vida son, por ello, puros y buenos. Y ésa es la razón por la que los niños nos resultan siempre “inocentes”: En sus ojos refléjase una “inocencia soñadora”.

Ahora bien, ¿desde qué momento de la vida somos realmente responsables de nuestros actos? Indudablemente, desde el punto de vista de la sexualidad, el sueño de la “infancia inocente” no es más que la inversión de la vieja y espantosa “doctrina del pecado original”, según la cual los niños son concebidos y nacen en pecado, debiendo crecer, por consiguiente, cargados con la vieja herencia de la humanidad. Desde esta perspectiva, la “inocencia”, el “comienzo nuevo” y un “mundo de infinitas posibilidades”, siempre abierto, convierten la infancia en el símbolo de la esperanza.

## II. *El mesianismo del niño*

### 1. La promesa del niño mesiánico: ¿Hijo o hija?

El niño cuyo nacimiento y cuyo futuro imperio pacífico, sin violencias ni guerras, anuncia el profeta Isaías (9,11), es el “hijo de David”. Procede

---

<sup>5</sup> En una canción alemana de carnaval de 1999 se dice:

“Wenn die Fassenacht beginnt,  
erwacht in mir das Kind”  
(Cuando empieza el carnaval,  
se despierta en mí el niño).

Durante los “tres días locos” de las fiestas carnavalescas se celebra y representa en la Región de Renania la regresión de la vida responsable y adulta a la vida “infantil”.

del tronco de David. Está investido de la dignidad del elegido rey David. Al igual que éste conquistó Jerusalén, convirtiéndola en la capital de Israel, así el futuro “hijo de David” salvará a Israel (del cautiverio babilónico) y reconstruirá Jerusalén. Pero, lo más importante es que este futuro “hijo de David” llevará a cabo la antigua promesa del profeta Natán a David: “Suscitare tu descendencia detrás de ti, que saldrá de tus entrañas, y fortaleceré tu reino eternamente” (2Sam 7,12.13). Este “hijo de David” prometido es el esperado Mesías, rey de Israel. Por cierto, la esperanza depositada en él hará desaparecer todas las fronteras (históricas): “Pondrá en pie a los pobres del país”; “llevará a los pueblos la justicia” y establecerá la paz entre hombres y animales: “Los lobos habitarán con los corderos; los niños jugarán con serpientes venenosas y los leones comerán paja” (Is 11,1-11).

A decir verdad, esta esperanza mesiánica, que trasciende todas las experiencias de la vida, nació en el exilio de Babilonia, en el “punto cero” de Israel. Aparece, sin embargo, en la lista de las tradiciones escatológicas de Israel desde sus comienzos. La vivencia divina de Abraham es fundamental para las denominadas “religiones históricas”: judaísmo, cristianismo e islam. Se cumplió y acuñó, por igual, éxodo y esperanza, exilio y libertad: “Márchate de tu patria a un país que te quiero mostrar. Te voy a convertir en un pueblo grande, y en tu persona serán bendecidos todos los pueblos” (Gn 12,1-3). Con ello irrumpe en la historia la orientación escatológica, sustituyendo el eterno retorno de lo idéntico que tiene lugar en el seno de las religiones naturales. Debido al culto a los antepasados, los niños no se clasificaban entre los poderes de la familia, sino que las generaciones se orientaban por los niños como portadores de la esperanza y garantes de la fidelidad del Dios de la promesa. En el marco de las religiones abrahámicas la procedencia es sustituida por el futuro, la seguridad por la libertad, la realidad conocida por las posibilidades ignotas. Ya no se dice: “Vuelta al regazo de las madres”, regreso a los orígenes, sino que la divisa reza ahora: “Incipit vita nova”.

El Dios de la promesa, el “Dios con futuro cual entidad ontológica”, como lo llamaba Bloch, es un Dios de los niños. Exagerando un poco, podría decirse: En principio, el mesianismo del niño viene a sustituir el culto a los antepasados, al patriarcado y al matriarcado. Digo “en principio”, porque históricamente (aún) no era un hecho; pues, se dice: “Nos ha nacido un niño; un hijo os ha nacido” (Is 9,6). Trátase aquí de agnación, y no de igualdad de derechos entre hijas e hijos; y, en principio, sólo se diferencia un poco del patriarcalismo chino o de las religiones familiares indias. Si sólo un hijo puede ser el portador de la esperanza y el garante de la fidelidad divina, es necesario que nazcan hijos y evitar las hijas. Conocemos la gran influencia que Confucio y el culto a los antepasados han ejer-

cido para convertir a China, a Corea y a la India en el “país de la hijas muertas”, desde que el diagnóstico prenatal permite determinar con antelación el sexo de los fetos. La política china de un hijo solo ha conducido a la fijación letal del hijo<sup>6</sup>.

Pero en las escrituras judía y cristiana existe también una tradición mesiánica distinta, que identifica al niño de la promesa no tanto como hijo, sino como hija. Se trata de la *tradición sapiencial judía*. En el capítulo 8 de los Proverbios Salomón llama *chockma*, sabiduría, a la “hija de Dios”, que existía cabe Dios antes de la creación, entronizada desde la eternidad, antes del origen de la tierra: “Cuando asentaba los cielos..., cuando fijaba las nubes en lo alto..., cuando imponía al mar su límite..., a su lado estaba yo como arquitecto, y regocijábame todos los días jugando en su presencia, todo el tiempo; jugueteando en su mundo terrestre y teniendo mis delicias con los hijos de los hombres”. La divina hija Sabiduría semeja el Eón de Heráclito: un niño divino que juega con el mundo y con todas las criaturas. De acuerdo con esto, el principio que gobierna y vivifica el mundo, es femenino, y, al igual que femenino, es infantil. Las tradiciones tardoisraelitas fusionaron ambas imágenes: del Mesías y de la sabiduría surgió el Mesías de la sabiduría<sup>7</sup>. Si la sabiduría la entendemos no sólo como una virtud humana, sino como una presencia de lo divino, nos pecataremos de inmediato de que los Evangelios no presentan a Jesús, en absoluto, sólo como el Mesías de Israel (hijo de David), sino también como la sabiduría creadora; también de que Pablo predicaba a Cristo no sólo como “hijo de Dios”, sino también como “fuerza y sabiduría divinas” (1Cor 1,24), y, por último, de que aquella conocida “Palabra de Dios”, que según el Prólogo del Evangelio de Juan “se hizo carne”, no es, de acuerdo con el proyecto judío, un Logos masculino, sino la sabiduría femenina<sup>8</sup>. En las circunstancias actuales -y a ellas ha de atenerse la hermenéutica- podemos decir, por tanto, con análoga alegría: “Nos ha nacido un niño. Una hija nos ha nacido”.

<sup>6</sup> HANNAH ARENDT, *Vita active oder Vom tätigen Leben*. München 1981, 15.

<sup>7</sup> SUNG-HEE LEE-LINKE, *Frauen gegen Konfuzius. Perspektiven einer asiatisch-feministischen Theologie*. Gütersloh 1991.

<sup>8</sup> F. CHRIST, *Jesus Sophia. Die Sophia-Christologie bei den Synoptikern*. Zürich 1970; E.A. JOHNSON, *Ich bin die ich bin. Wenn Frauen Gott sagen*. Düsseldorf 1994; E.A. JOHNSON, “Jesus, the Wisdom of God”, *EthL* 61 (1985) 288: “The figure of divine Sophia shines through the Logos terminology; at the point of fullest development they are theologically identical... Jesus is Sophia incarnate, Jesus is Logos incarnate”.

## 2. Jesús y los niños: la transformación de los valores

Sin duda, de todos es conocida desde el ámbito cristiano, la imagen de la Virgen con el (inocente) Niño Jesús en los brazos. Sin embargo, resulta mucho más importante el trato revolucionario de Jesús con los niños, tal y como lo describen los Evangelios<sup>9</sup>. No fue ese dulce “amigo de los niños” que nos pintara el sentimental siglo XIX. Todos sabemos que en la antigüedad el mundo helenístico y romano no les prestaba demasiada importancia a los niños. No significa ello que los padres no amaran a sus hijos; sino que su estado jurídico era insignificante. Al igual que las mujeres y los esclavos, los niños eran patrimonio del *padre de familia*, pudiendo ser vendidos o expuestos, preferentemente las chicas. En el judaísmo los hijos no están obligados a cumplir la Torá antes de los *Bar Mizwa* (12 años), porque eran incapaces de aprenderla y retenerla. También en el Nuevo Testamento las expresiones “infantil” o “como niños” (1Cor 14,20; Luc 7,32) son utilizadas peyorativamente por los mayores. De aquí que llame tanto la atención la transmutación de los valores del mundo adulto, realizada por Jesús.

a) “Dejad a los niños acercarse a mí, y no se lo impidáis, pues de ellos es el Reino de Dios” (Mc 10,14; Mt 19,14; Lc 18,16). Los discípulos masculinos consideran indignos a los niños, y querían mantenerlos alejados de su Maestro; a fin de cuentas, ellos, evidentemente, ya dejaron de ser niños. Jesús los censura, abraza a los niños, los bendice y los proclama bienaventurados, porque a ellos pertenece ya el Reino de Dios que él anuncia y encarna. Así como el Reino de Dios, según el Sermón de la Montaña, pertenece a los “pobres”, “hambrientos” y “a los que lloran”, así ocurre también con el reino de los niños. Los niños son los aliados de Dios. ¿Por qué? ¿Acaso se lo han ganado? No; precisamente porque no se lo pueden ganar ni hacer nada, sino recibirlo todo gratuitamente, como su nacimiento. Y viceversa, si llega el Reino “donde la paz y la justicia se besan”, como reza el salmo, no arribará entonces sobre la cresta del progreso humano, en medio de los sabios, justos, ricos y elegantes de este mundo, sino en el círculo de los humillados, los desfallecidos, los pobres y los niños, poniendo patas arriba el normal orden de valores humanos. Ahora bien, si arriba a este mundo de los de “allá abajo”, entonces a los que están “allá arriba” les queda abolida toda la legitimación religiosa de su poder. Así como a las alabanzas evangélicas sobre los pobres se contraponen las lamentaciones sobre los ricos, de igual manera con la alabanza de los niños se correspon-

---

<sup>9</sup> Utilizo aquí el manuscrito inédito de Judy Gundry-Volf, *Let the little children come to me. Children in the Gospels*. 1998.

de la maldición sobre los violadores de los niños: “Mas quien escandalizare a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valiera que le ataran al cuello una rueda de molino, y le sumergieran en lo más profundo del mar” (Mt 18,6 y par). Si el reino de Dios viene al mundo por mor de los pobres y los niños, entonces también el juicio de Dios.

b) “Quien acoge a un niño en mi nombre, a mí me acoge. Y quien a mí me acoge, no me acoge a mí, sino a aquel que me envió” (Mc 9,37), y ése es Dios. Con tales identificaciones Jesús hace de los niños sus representantes en la sociedad. Al igual que el Dios de su mesiánica misión mora en Él, también Cristo está presente en cada niño. De donde se infiere que quien acoge a un niño, acoge a Dios. Exactamente así describe Mateo el gran juicio universal (Mt 25): “Lo que hicisteis con alguno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis”. “Tuve hambre y me disteis de comer; estuve encarcelado y me visitasteis”. El juez universal se identifica con los pequeños, ya ahora está en ellos presente de manera oculta y juzgará de acuerdo con lo que los justos o pecadores hayan hecho con respecto a estos más pequeños. Los niños y los más pequeños no son, como los apóstoles, los mensajeros activos de Cristo. El Cristo pobre, desfallecido y encarcelado está esperando en ellos el buen obrar de los suyos. Quien acoge a un niño, lo acoge a él, y con él a Dios. En los niños Dios está esperándonos a nosotros con el deseo de ser acogido. En los niños desamparados Dios espera nuestra misericordia. Es también la impresión que repentinamente nos provoca la imagen del niño en el pesebre junto a los niños.

c) “Si no os hicieréis como los niños, no entraréis en el Reino de Dios”. Es la respuesta de Jesús a la pregunta típica de los discípulos masculinos: “¿Quién es el más grande en el Reino de Dios?” (Mt 18,1.3).

Eso significa: Quien quiera ser el mayor, que se haga servidor de todos los demás, se “humille a sí mismo” y se haga “como un niño” (18,4). Se aceptarán a sí mismos en su debilidad, que no en su fuerza; en su pobreza, que no en su riqueza; como niños en su edad específica, no como niños adultos, y volverán a hacerse cargo por sí mismos de las partes reprimidas por el propio desarrollo y la educación. Sólo se entra en el Reino de Dios, si con las manos vacías se le “recibe” como a un niño. No es menester hacerse de nuevo un niño, que sería algo pueril, sino como “un niño”, que es una analogía. No es necesario imitar a los niños, sino solidarizarse con ellos y respetar su íntima proximidad al futuro de Dios, a fin de participar en él. No se debe esta su proximidad al Reino de Dios a las singulares propiedades de la infancia, que los mayores ya perdieran, como es la inocencia o la ingenuidad. Más bien les está próximo el Reino de Dios porque son aquellos a quienes Dios ama, a quienes estrecha en sus brazos y los bendice. Por tanto, también podrá decirse: Quien vive la proximidad de Dios en

comuni3n con Cristo, como la han experimentado los hombres que se tratan con 3l, ese tal se hace “como un ni3o”. M3s tarde se emplear3 para eso la expresi3n “filiaci3n divina”.

En el 3mbito cristiano se parte del hecho de que con Jes3s de Nazaret ha llegado ya el Mes3as de Israel y el salvador de los pueblos, y de que podemos vivir en su presencia. 3Qu3 se sigue de todo ello con respecto al trato con los ni3os? Es muy sencillo, aunque no siempre se percibe:

1. *No es necesario* que nos “sea dado” un hijo. Hemos dejado ya de esperar al Mes3as en nuestros hijos. Por lo tanto, desaparecen los privilegios religiosos y, con ellos, igualmente los jur3dicos de los “padres e hijos”. Tambi3n las hijas est3n “espiritualmente dotadas” y reciben el mismo bautismo: “Aqu3 no hay hombre ni mujer... ellos son todos uno en Cristo y herederos conforme a la promesa” (Gal 3,28.29). El derecho a la herencia del futuro Reino de Dios pasa a hijos e hijas, por igual. Tanto las hijas como los hijos son portadores de la esperanza de la humanidad.

2. En el fondo, *tampoco es necesario*, en absoluto, que nos “nazca” ning3n otro hijo que sea portador del futuro Reino de la paz, porque este Reino ya vino al mundo con Cristo. As3, pues, los matrimonios ya no necesitan justificarse con el “fin de la prole”, su fin radica en s3 mismos, en el amor. No existe el deber de tener un hijo, pero tampoco ning3n derecho sobre 3l. Los hijos son un regalo.

3. En el fondo, ya *no es necesario* que los hombres y mujeres se casen. Ha sido abolida la necesidad del matrimonio para la procreaci3n del pueblo de Dios y de la humanidad. Tanto el celibato voluntario y como la virginidad voluntaria han sido siempre, desde el principio, una posibilidad de existencia cristiana, pero en modo alguno se han entendido s3lo como renunci3s.

4. Por otro lado, la luz de la esperanza resplandece as3 sobre cada reci3n nacido. Todos los ni3os traen al mundo un peque3o “comienzo nuevo” y van creciendo a la luz boreal del futuro Reino pac3fico de Dios. Los ni3os pertenecen a esa dimensi3n trascendente en la que ellos son ellos mismos y en la que pueden desarrollarse plenamente. Una sociedad que meta a sus hijos por la fuerza en los padrones del mundo actual de los adultos, est3 matando su propio futuro. Todo ni3o es una oportunidad para el futuro Reino de la Paz y para hacer desaparecer la violencia y la guerra. En este sentido, con cada ni3o reci3n nacido esperamos un peque3o acceso a la era mesi3nica. “Los ni3os son otra cosa”, dec3a con todo derecho Mar3a

Montessori, apoyándose en Emerson: “El niño es el eterno Mesías, que permanentemente retorna entre los hombres que han caído muertos, para llevarse al Reino de los cielos”.

¿Qué ha hecho el filósofo de la esperanza, Ernst Bloch, del mesianismo del niño?

### III. “*Lo que a todos ilumina en la infancia y donde aún nadie estuvo....*”.

Con estas enigmáticas palabras termina *El Principio Esperanza*<sup>10</sup> ¿Qué quiere decir esto? Ernst Bloch responde: “Patria”. Filosóficamente significa para él “la patria de la identidad”, una vida sin alienaciones y sin muerte, la total identificación consigo mismo. En la misma “oscuridad del instante vivido” experimentamos ya semejante identidad, pero no podemos retenerla. Desde el punto de vista social y de la historia universal significa “democracia real”, dentro de la cual el trabajador y el hombre creativo se encontraron a sí mismo, sacudiéndose extraños destinos. Pero, “patria” significa para Bloch además: “habitabilidad de la existencia” (1408): Reino de Dios, nuevo cielo-nueva tierra, esperanza en totalidad, “ein totum” en el que deben desaparecer otras contradicciones amén de las sociales, en el que se modifica igualmente el entendimiento de todos los contextos anteriores. Quiere significar con ello una “transfiguración” del mundo, de la que los hombres de hoy -religiosamente hablando- experimenten algo en el “renacimiento”, en el nuevo comienzo en medio de la vida vieja.

¿Por qué denomina “patria” y “habitabilidad de la existencia” al cumplimiento de aquella esperanza, en su totalidad? Como judío que vivió en el exilio, es difícil que pensara en filmes patrióticos, en cantos nacionales o en el asfixiante nacionalismo romántico alemán; en una patria tal ya estuvimos una vez, cuando por obligación tuvimos que ansiarla. Mas, lo que a todos nos ilumina en la infancia, ha de ser algo “en donde aún nadie estuvo”. ¿Qué es? Bloch, siempre que habla de mesianismo, retoma este concepto de “patria”. Y ¿qué significaba “patria” en el marco del mesianismo judío? Era la “nación loada” como cumplimiento pleno de la esperanza del pueblo que vivía entre ruinas y en la esclavitud, y dentro de “la tierra prometida” era la esperada “morada de Dios” (schechina): “Moraré entre ellos, y ellos serán mi pueblo”. Cuando Dios mora entre los hombres y éstos se convierten en amigos domésticos de Dios, ya se ha alcanzado aquella “patria” de la que Bloch dice que da luz a todo el que camina hacia la infancia, aunque nadie

<sup>10</sup> MARIA MONTESSORI, *Kinder sind anders*. Stuttgart 1980, 303.

estuviera aún en ella: Dios en todas las cosas - todas las cosas en Dios; Dios en nosotros - nosotros en Dios. De esta guisa venían a describir los/as místicos/as del ámbito cabalístico y cristiano la recíproca inhabitación, en el futuro, de lo celeste y lo terrestre, de lo divino y lo humano, porque lo vivieron así en sus arrebatos místicos. Que Bloch pensaba de esta forma, sin utilizar una terminología religiosa, demuéstrole el hecho de que la expresión usada para el momento presente en que nosotros somos nosotros mismos y nos encontramos por entero ahí: “La oscuridad del instante vivido”, aún se formula en su escrito primero: “En la oscuridad del Dios vivido”<sup>11</sup>. Patria como vida cumplida, como auténtica sociedad humana, como habitabilidad existencial y presencia permanente del “Dios vivido”, son perfrasis y traducciones de aquel Reino de Paz eterna que hay que esperar del Niño mesiánico.

¿Qué sabemos nosotros de ese futuro que da satisfacción plena a toda búsqueda y espera? Desde un punto de vista subjetivo, nuestro conocimiento de él toma la forma de la esperanza infantil, que fija su mirada en el todavía-no de un futuro abierto, basándose objetivamente en aquel “reflejo” del que Bloch cree que ilumina a todos los hombres en su infancia, y que nosotros sólo como niños vemos esta luz lejana, y de la que estamos iluminados.

Si a continuación contemplamos *la imagen de Jesús* de Bloch, encontraremos la íntima conexión que existe entre el Niño y la luz escatológica: “Se reza a un niño en el pesebre. Es imposible retorcer con mayor familiaridad, humildad y misterio la mirada hacia las alturas” (1481). Esa “tensión hacia abajo” con “revuelo hacia arriba” no es algo ficticio, sino real. “El establo al comienzo, el patíbulo al final”, las “contrariedades y los momentos de desaliento de Cristo son irreconstruibles”. Claman “ecce homo”, sin concordancia con leyenda alguna relativa al rey Mesías (1486). Bloch describe la figura de este “Jesús real” como el niño que posee una propiedad, que es la menos falsificable de todas y que, además, nunca encontré en la literatura sobre Jesús: “timidez” (1486): Jesús se halla personalmente presente en medio de los desamparados, como elemento de su humillación, en pie en medio de la oscuridad, no del esplendor. De aquí la importancia del Niño en el pesebre, junto con la humillación que suponen las circunstancias que rodean el pesebre marginante. Lo que no se espera uno es encontrar al Redentor en aquel niño desamparado... “El amor cristiano considera, por ello, importante lo que está desamparado, y llamado por Dios lo desechado por el mundo” (1489), “reuniendo a los suyos en su marginación, en su des-

<sup>11</sup> E. BLOCH, *Das Prinzip Hoffnung*. Frankfurt 1959, 1628.

conocimiento por parte del mundo, en su discrepancia con el mundo: para el Reino en el que sí tienen voz” (1490).

Para mí personalmente los niños son “metáforas de la esperanza” por tres razones:

1. Con cada niño se inicia un nuevo comienzo de la vida, un comienzo original, único, incomparable. Es verdad que siempre nos hacemos la pregunta de a quién se “asemeja” éste o aquel niño, ya que tenemos la idea de que lo nuevo y lo específico únicamente se puede comprender en parangón con lo ya conocido o análogo; pero, en ese proceso terminaremos tropezando con la otredad enteramente distinta y única de un niño. Esto se debe respetar, si somos amantes de la vida y vemos el futuro abierto de par en par.

2. Con cada nuevo comienzo de la vida la esperanza en el Reino de la Paz y de la Justicia adquiere una nueva oportunidad. Es importante contemplar a los niños desde esta perspectiva trascendente, que les es propia desde el principio, y no formarlos de acuerdo con los modelos de nuestra sociedad. Cada nuevo comienzo de la vida es, además, un comienzo nuevo de la esperanza de patria en este irredento mundo; de lo contrario, nada nuevo se podría esperar, en principio.

3. La última razón que nos impulsa a ver en el inicio de la vida de un niño un nuevo comienzo o un comienzo de lo nuevo, radica para mí en que los niños no sólo son “metáforas” de nuestra esperanza, es decir, de aquello que queremos, deseamos y esperamos, sino de la esperanza de Dios en nosotros, consistente en que somos queridos, esperados y deseados. Los hombres son el gran amor de Dios, el sueño de su vida terrestre, la imagen y semejanza de su amada tierra. En cada niño Dios “espera” “al hombre humano”, su eco, su resonancia, su arco iris. Quizás sea ésta una de las razones por las que Dios es paciente con nosotros, tolera los campos de ruinas de la historia humana y permite la sucesión de una generación tras otra. Dios no calla; Dios no está “muerto”, Dios está a la espera del hombre humano. “Te he esperado en todos los profetas”, dice Martin Buber, dirigiéndose al Mesías, por boca del Eterno, “y, por fin, ya llegaste”.

Si en cada recién nacido se esconde una tal espera trascendente, la tarea de los padres, hermanos y educadores será la de mantener abierto ese futuro y adentrarnos con ellos en ese futuro<sup>12</sup>.

[Traducción: Santiago Vidal Abellán]

<sup>12</sup> E. BLOCH, *Geist der Utopie*. Berlin 1923<sup>2</sup>, 246.